

G. LORA

# LECCIONES de la ASAMBLEA POPULAR



FB  
320  
L8651

LA PAZ - BOLIVIA

1984

980  
023  
00980

LECCIONES DE LA ASAMBLEA POPULAR

por: Guillermo Lora

*A TRECE AÑOS DE LA ASAMBLEA POPULAR*

La Asamblea Popular fue fundada el 1º de mayo de 1971 y suspendió sus deliberaciones después de la reunión inaugural, que tuvo como sugestivo escenario el local del Palacio Legislativo. Algunos políticos irresponsables sostienen que dicha novedosísima institución contó con el apoyo y la protección del entonces presidente de la república general Torres. La verdad es que la criatura vino al mundo violentando las advertencias y la voluntad del oficialismo. El gobierno Torres fue extremadamente débil, colocado entre las masas que no le apoyaban y estaban empeñadas en descubrir su propio camino y el ejército que más y más fue uniéndose alrededor de generales y coroneles gorilas, pero arrancó de sus propias entrañas coraje para denunciar la ilegalidad de la existencia y actos de la Asamblea. Solamente una auténtica creación de las masas pudo tener la fuerza suficiente para afirmar su existencia contra el poder central.

El primer y único período de sus deliberaciones se inauguró el 24 de junio, en homenaje —se dijo— a los caídos en la masacre de San Juan, y fueron suspendidas a los pocos días en espera del nuevo encuentro que fue señalado para el mes de septiembre. El golpe gorila preventivo de 21 de agosto truncó su existencia.

La descomunal brutalidad de la dictadura banzerista arrojó hacia el exilio a casi toda la dirección de la izquierda y de las organizaciones de masas. En Chile, durante 1972, se hicieron esfuerzos por continuar con la línea de la Asamblea Popular, caracterizada por la subordinación al proletariado de todos los sectores sociales y políticos. No otra cosa fue el frente antiimperialista.

La Asamblea vivió en un período de gran agitación social y es por esto que en pocos días pudo hacer mucho, al extremo de calar hondo en el desarrollo del país, sin

Inventario No. 001956  
Stock No. Y-XII-84

embargo no tuvo tiempo para desarrollar todas sus posibilidades, para dar de sí todo lo que podía dar. La movilización de masas colocó a su cabeza al proletariado. La experiencia fue ciertamente rica, pero los gérmenes contenidos en ella permiten señalar teóricamente hasta dónde podía ir. Este análisis, de una innegable importancia, sólo pueden hacerlo los marxistas que se identifican con la Asamblea Popular, los que militaron en sus filas seguros de que así contribuían a que los explotados se convirtiesen en gobierno.

La otra "izquierda", esa que no tardó en desplazarse hacia las trincheras de la burguesía y que concluyó identificándose estratégicamente con la clase dominante, borra con un pincelazo su paso por la Asamblea, toda su autocrítica se limita a una expresión dicha muy diplomáticamente: se habría tratado de un error, para algunos dictado por la falta de experiencia. Esta "izquierda" está orgánicamente impedida de sacar las lecciones de la Asamblea Popular.

Cuando se sostiene que la Asamblea señaló el camino que conduce a los explotados a la conquista del poder, no se dice nada nuevo: los sectores mayoritarios en su lucha incesantemente van creando órganos de poder. Muchas veces pasan desapercibidos y otras se pierden bajo la cobertura de tal o cual denominación. Sería un error que el partido revolucionario confundiese a los órganos de poder con un rótulo y creyese que la única organización que merece tal denominación es la Asamblea Popular y que obligadamente debe resurgir importando poco en qué circunstancias. Seguramente organizaciones de este tipo recibirán diferentes nombres según las condiciones políticas imperantes.

Por otro lado, estas organizaciones de masas cumplirán el papel de cimientos sobre los que se levantará el futuro aparato estatal de la dictadura del proletariado. De una manera general, se puede decir que los órganos de poder al ensancharse, al acentuar la dualidad de poderes, crearán condiciones para la toma del poder y la consumarán, al mismo tiempo se convertirán en el poder obrero.

En la actualidad, la revolución y dictadura proletarias

han vuelto a actualizarse y nuevamente se plantea el problema de saber cómo se consumará la conquista del poder y cómo funcionará el nuevo Estado. La clave de la respuesta se encuentra, precisamente, en la aparición y fortalecimiento de las organizaciones de tipo soviético.

La Asamblea Popular es inseparable de la perspectiva insurreccional, es decir, de la vía armada. Por esto mismo, el problema del programa militar del proletariado adquiere una gran importancia.

En el texto que tiene el lector entre manos se sostiene que la experiencia histórica coloca a los explotados frente a dos caminos: el de la unidad popular, el frente popular de la época de Allende, y el de la Asamblea Popular o sea el de la organización de las masas en los órganos de poder con perspectiva de desembocar en la insurrección y en la toma del poder. Acontecimientos posteriores han permitido que los partidarios de la vía del frente popular aparezcan como paladines de la democracia formal, de la llegada al poder a través de métodos parlamentarios y de la transformación interna del Estado burgués en uno socialista. De esta manera, para los bolivianos el frente popular tiene un nombre concreto: Unidad Democrática Popular, conformada alrededor del programa socialista del MNRI. Si con mucha frecuencia la extrema derecha sigue echando maldiciones a la Asamblea Popular, los democratizantes no se cansan de repudiarla y la identifican con la ultraizquierda y con el aventurerismo.

La burguesía y sus sirvientes punan porque debe seguirse el camino del parlamentarismo, por decir electoralismo, en un país en el que el parlamento no cuenta para nada. En otras palabras: se empeñan en la conformación de frentes nacionales políticamente dirigidos por la burguesía.

Los revolucionarios no pueden apartarse de la ruta señalada, no abierta, por la Asamblea Popular, es decir, del camino de la constitución de organismos de masas que adquieran contornos de órganos de poder. Esta es una manera de ratificar la convicción de que al poder solamente se puede llegar con las armas en la mano.

Como en todas las demás cuestiones, la última palabra

la tienen las masas. Mientras el oficialismo y la "izquierda" que es su caja de resonancia, se empeñan vanamente por embridar a los bolivianos con el slogan de la defensa del "proceso democrático" y del sometimiento incondicional al ordenamiento jurídico imperante, los explotados no se cansan de poner en pie organizaciones amplias que les sirven de instrumento en la puesta en práctica de la acción.

El presente texto es una versión actualizada de la exposición que hizo su autor en las "Jornadas de Estudios Marxistas" de la OCI (Francia) y que tuvieron lugar el 4 y 5 de junio de 1977. Como nadie ignora, más tarde el POR rompió con la OCI (hoy PCI) y con el Comité de Organización para la Reconstrucción de la IV I (CORCI), por razones principistas.

### *IMPORTANCIA INTERNACIONAL*

La agudeza de la lucha de clases en Bolivia, la elevada politización del proletariado, particularmente de su vanguardia constituida por los mineros, la presencia de un importante partido trotskysta (POR), son elementos determinantes para que en este país se planteen, de modo sintetizado, los problemas de la revolución propios de los países atrasados y también los de la revolución socialista mundial. Ese sentido tiene la afirmación de que Bolivia ha venido señalando anticipadamente la perspectiva de la revolución al continente latinoamericano, lo que no debe entenderse como una ley o como algo definitivamente dado. Si las masas y la clase obrera de algún otro país logran un alto grado de evolución de su conciencia clasista, lo que siempre es posible puede convertirse en realidad gracias a un acertado trabajo partidista, ese país se convertirá en vanguardia del proceso revolucionario. Mientras tanto, la asimilación crítica de la rica experiencia boliviana puede coadyuvar en la construcción del partido revolucionario y se convierte en uno de los elementos importantes de la victoria en la lucha que libran los trotskystas contra los revisionismos pablista, lambertista, etc.

La Asamblea Popular constituyó el punto más elevado

al que llegan los explotados bolivianos en su politización y prueba la vigencia de la revolución permanente (que no es más que la expresión teórica de las leyes de la revolución en nuestra época) y la viabilidad del trotskismo (POR) como dirección revolucionaria de las masas. Las circunstancias anotadas explican la trascendencia internacional adquirida por una de las más significativas realizaciones del trotskismo mundial, que, a su turno, deviene en uno de los instrumentos de lucha de este último. Todo lo anterior explica por qué es tarea importante puntualizar las lecciones que emergen de tal experiencia.

No es, pues, casual que la Asamblea Popular sea todavía el punto central de una apasionada discusión entre las más diversas tendencias que se reclaman del marxismo y en la que intervienen también los portavoces políticos de la reacción. Si en la práctica diaria fue ya la piedra de toque en la que se probaron las respuestas políticas dadas por las más diversas tendencias al palpitante, polifacético, siempre nuevo y, para muchos, sorprendente proceso boliviano, ahora lo es también para quienes pretenden señalar las perspectivas de la revolución. El gorilismo altioplánico continúa subrayando la temeridad de las proyecciones involucradas en la Asamblea Popular y no cesó en perseguir a quienes, fieles a su condición de revolucionarios y de elementos identificados con los objetivos históricos de los explotados, tuvieron el valor y el acierto de conformar sus huestes. La Asamblea es duramente golpeada porque fue ayer, y sigue siendo ahora, promesa de victoria para los explotados.

Al menos para los bolivianos y latinoamericanos, dilucidar debidamente, es decir, radicalmente, los problemas que plantea la Asamblea significa armar a las masas teórica y políticamente, para las futuras batallas de la revolución proletaria. No es casual que el foquismo, el terrorismo, el castrismo, el pablismo y también las diversas gamas del nacionalismo de contenido burgués, se hubiesen destrozado las narices al juzgar y pretender someter a sus menguadas ambiciones la más grande obra de las masas bolivianas. Tampoco hay que extrañarse que el stalinismo, consecuen-

te con su política contrarrevolucionaria y al servicio de la burguesía, se hubiese sumado eufórico al coro anti-Asamblea, conformado por presuntos revolucionarios que no parecen tener más finalidad que la de extirpar la influencia decisiva del POR en el seno de las masas. Toda la gama de la "izquierda" se cree obligada a combatir a la Asamblea y sus realizaciones, por considerar que así podrá derrotar al POR e impedir que prosiga en su papel de esclarecida dirección política de la clase obrera y de las masas.

### ***SON LAS MASAS LAS QUE CREAN LOS ORGANOS DE PODER***

Nuestros adversarios ponen mucho empeño en querer demostrar que la Asamblea Popular estuvo lejos de ser una creación auténtica de la actividad de las masas y que, contrariamente, se trató de una impostura, de una imposición arbitraria de los trotskystas o de algunos de sus ideólogos. Los pablistas, por ejemplo, en un primer momento le negaron toda importancia y cuando, más tarde, no tuvieron más remedio que reconocer este hecho (aun entonces no dejaron de señalar que se trataba de un organismo burocratizado, producto de la maniobra maléfica de la dirección porista), persistieron en su idea de que tenía muy poco que ver con las masas. Todos ellos están de acuerdo en señalar que si ya en el pasado tenía muy poco que ver con la actividad propia de las masas, en el porvenir éstas no tomarán en cuenta para nada tal experiencia.

La actitud de la ultraizquierda, del pablismo, del nacionalismo, etc., es por demás contradictoria y lo que ahora dicen y hacen contrasta visiblemente con la desesperación que mostraron en el pasado para ser admitidos en el seno de la Asamblea; sus entusiastas detractores de hoy son los mismos que en su momento hacían interminable antesala para ser admitidos por ella. Sin embargo, se puede descubrir que ambas posturas están unidas por un hilo conductor: el plan de evitar la existencia de una Asamblea Popular como dirección de las masas.

Se debe advertir que este organismo en el momento de

constituirse, tomó precauciones para impedir que su orientación política y su actividad fuesen desvirtuadas por la presencia de simples siglas y garantizó no únicamente la autenticidad de las representaciones y la presencia de tendencias obreras reales (se dijo que los partidos políticos obreros ya tenían sus portavoces en el seno de los organismos laborales a través de su militancia sindical), sino también, y esto es de capital importancia, la dirección política del proletariado de las masas.

La Asamblea planteó con toda nitidez los dos caminos ante los que tienen que tomar partido las agrupaciones políticas, no, precisamente, las masas: por una parte, la movilización y radicalización de los explotados, como movimiento propio e interno, la marcha de la mayoría nacional hacia el poder con todas sus urgencias; por otra, la imposición desde afuera de métodos de lucha, esquemas de organización y de movilización que caracterizan a la ultrazquierda en general. Fue actualizada la discusión alrededor de los métodos de lucha, que, ciertamente, no se circunscribe a tales o cuales métodos, sino que involucra los problemas de la estrategia revolucionaria.

La Asamblea retomó el bolchevismo, probó la vigencia de los métodos tradicionales de la revolución proletaria, vale decir, de la acción directa y la movilización de masas; todo esto frente a quienes buscaban subordinar los movimientos de los explotados a esquemas ideados e impuestos desde fuera y que respondían a intereses que les eran extraños, es decir, en definitiva, a los de la burguesía. La Asamblea y el foquismo tenían diferente contenido de clase.

La clase obrera se incorpora a la lucha por su liberación y por la conquista del poder, desde su posición de oprimida y explotada, de desposeída de medios de producción, de la cultura y de todos los resortes políticos; es esta situación real la que le obliga a crear (y lo hace con sus manos, sin esperar el consejo de los intelectuales o líderes políticos) sus propios órganos de movilización y de poder. Al margen de este proceso no puede concebirse la marcha hacia la revolución proletaria. La acción y lucha

dentro de estas entidades le permiten al proletariado ganar la dirección de las masas y organizarlas debidamente.

Son en realidad, la urgencia de vencer los obstáculos que aparecen en la lucha diaria, de contar con canales de expresión, de dirección obreros las que se traducen en la estructuración de los organismos propios de la clase. Un organismo creado por el proletariado no puede menos que reflejar los rasgos de esta clase revolucionaria y por esto mismo adquiere una fisonomía propia con referencia a los que pueden poner en pie otras clases sociales.

Sabemos que en el proceso revolucionario, observando éste dentro de la perspectiva histórica, cuenta únicamente lo que hacen las masas con sus manos, lo que es parte integrante de su actividad diaria y de su experiencia vivida. Sólo lo que es auténtico desde el punto de vista de las masas, de su experiencia, actúa como elemento activo en la evolución de la conciencia de clase. Lo que los explotados logran por sí mismos deviene en adquisición definitiva y forma parte integrante de su experiencia, que, según las circunstancias políticas, puede ser factor actuante en determinado momento o bien puede permanecer latente en la subconciencia en espera de que una oportunidad favorable le permita aflorar a la superficie. Todo lo demás, desde las posturas pretenciosas de los intelectuales pequeñoburgueses empeñados en dictar cátedra a los trabajadores hasta las acciones supuestamente ejemplificadoras de los grupos de activistas, que desde el exterior quieren despertar y educar a las masas, no es más que fuego fatuo, humo que se lleva el viento y que no deja la menor huella en éstas, lo que no excluye que puedan despertar curiosidad o simpatía.

Si la Asamblea Popular hubiese sido una impostura, el resultado de las maniobras consumadas por las altas direcciones políticas alrededor de intereses extraños a los de los trabajadores, es claro que su espectacularidad habría sido únicamente momentánea y la institución como tal y todo lo que hizo o dijo habrían desaparecido sin dejar rastro. Se trata de una otra cosa: la Asamblea ha sido calurosamente defendida por los trabajadores no bien el gobier-

no militar desencadenó su campaña de diatribas contra ella, cosa que constantemente se repite. Porque es ya una tradición de los movimientos revolucionarios y de masas, tanto el gorilismo, el nacionalismo, el imperialismo, los demócratas, como las sectas y tendencias de la pretendida izquierda no se cansan de combatirla.

No hay por qué extrañarse que sólo el POR levante en alto las enseñanzas de la Asamblea como bandera del movimiento revolucionario y como su propia obra; acaso en este aspecto, mejor que en ningún otro, se hace evidente la identidad del programa trotskysta con los objetivos históricos del proletariado. La comprensión y la defensa de la Asamblea Popular se inscriben en la conciencia de la clase y es el punto culminante al que llegó su evolución hasta 1971.

Nuestros declarados adversarios y también aquellos que de tarde en tarde aparecieron como nuestros ocasionales aliados, tienen sobradas razones para intentar borrar hasta el recuerdo de la Asamblea Popular y para sostener que nada tiene que ver con el real movimiento de las masas, pues creen que así conspiran con éxito contra el trotskysmo. En la historia boliviana es perceptible e inocultable un grueso trazo, que configura las particularidades del desarrollo político nacional y que se extiende desde la Tesis de Pulacayo, que lanza a los explotados y al país todo la perspectiva de la dictadura del proletariado, hasta la propia Asamblea Popular, cuyo rasgo esencial consiste en ser el canal de movilización de las masas hacia la conquista del poder y el instrumento aguzado que ha abierto la promesa de la victoria.

La enunciación de esa formidable perspectiva fue posible no sólo por la rápida evolución de la conciencia del proletariado (una evolución a saltos gracias a la presencia del trotskysmo), sino porque el POR expresó políticamente las tendencias instintivas y subterráneas que se agitaban en el seno de las masas y que sólo él podía hacerlo. Observado así el problema, se llega a la conclusión de que el POR y el proletariado boliviano en ese momento conforman una unidad y que la acción de ambos se sintetiza y potencia en

la Asamblea Popular. La ultraizquierda y el nacionalismo se empeñaron en destruir esta realidad y eso no es casual.

¿Cómo fue posible que el POR expresase políticamente y en la debida oportunidad los deseos más profundos de los explotados, de manera que no se observa ninguna fisura entre la marcha y acción de las masas, al menos de su sector más esclarecido, y las consignas lanzadas por el trotskismo? Eso fue posible porque el Partido, por vivir y pensar en el seno de las masas, pudo palpar en éstas la aparición y crecimiento de la tendencia a sobrepasar los límites del nacionalismo de izquierda, de marchar osadamente hacia la estructuración del gobierno obrero-campesino. Desde este momento la política trotskysta corresponde ajustadamente a los movimientos de las masas y el Partido tuvo la posibilidad de encauzar las energías de la mayoría nacional, de reglar los movimientos de la clase obrera hacia un objetivo determinado: la conquista del poder. Las tendencias elementales e instintivas del proletariado se convierten así en enunciado político, en programa. Ni duda cabe que no se trata de lanzar mecánicamente consignas partiendo de un determinado supuesto teórico, sino de que aquellas correspondan a la extrema movilidad de la situación política, lo que únicamente puede lograrse si se aprende el arte de sondear constantemente en las masas.

Los explotados bolivianos en 1970-71 se radicalizaban más y más, en esta medida pusieron en evidencia su capacidad creadora y atrevidamente pasaron por encima de los cuadros burocratizados de sus direcciones. En situaciones de extrema tensión de la lucha de clases es normal que las bases adopten posiciones mucho más radicales que las de sus portavoces oficiales, aunque no reales; es el comienzo de la quiebra de los partidos que pretenden oponerse a las poderosas tendencias en rebelión, proceso que necesita de algún tiempo para madurar y explotar. Existiendo una fuerte dirección revolucionaria (que además de aparecer como política justa en cierto instante es también una tradición de los explotados, y lo último ayuda a expli-

car lo primero), las maniobras burocráticas de los partidos contrarrevolucionarios, aunque populares, acaban por agotarse rápidamente y la militancia de éstos puede encaminarse sin trabas hacia el encuentro de su verdadero eje político. En estas condiciones es absurdo sostener que una organización de masas, creada por ellas mismas, nazca ya burocratizada, es decir, aislada e independiente de la presión y control de los sectores más vastos de las bases; todo lo contrario, en ese momento el nuevo organismo y las masas son la misma cosa, éstas se expresan libre y naturalmente a través de aquél, sólo más tarde, y por múltiples razones, la separación entre masas y dirección hará posible su burocratización y su actuación en contra de los intereses y voluntad de los sectores mayoritarios que la componen.

Lo dicho explica por qué los estatutos de la Asamblea Popular establecieron normas por demás amplias que buscaban una auténtica representación de las bases, el rápido ajuste de aquella conforme a las continuas modificaciones de la actitud de las masas (mandato imperativo, revocabilidad, etc). El POR, aunque no el grueso de los trabajadores, sabía que en esta materia se aplicaba a Bolivia la experiencia lograda en escala mundial a partir de la Comuna de París. Nuestros críticos pueden citar casos en los que la elección de delegados era defectuosa e inclusive en los que los portavoces seguían siendo viejos dirigentes. Todo esto sucedió, pero estuvo lejos de ser la regla y es preciso considerarlo como parte integrante de ésta. En otras palabras: la Asamblea no tuvo tiempo de burocratizarse y, por haberse desarrollado su brevísima existencia en un período de gran movilización y radicalización de las masas (acentuación de la lucha de clases), fue la más genuina y generosa expresión de la democracia obrera, de la voluntad de las bases puestas en pie de combate.

La Asamblea Popular expresó las tendencias más profundas de las masas y esto porque se empeñó en impulsarlas hacia el poder. Encarnó las corrientes más poderosas de la historia hacia la transformación revolucionaria del país, de aquí arrancó su capacidad para dar libre curso y potenciar lo que se agitaba en el seno de los explo-

tados. Demostró tener una gran elasticidad organizativa.

### *¿POR QUE FUE ORGANO DE PODER DE LAS MASAS?*

No faltan los que sostienen inclusive que la Asamblea con las características por nosotros señaladas no existió. Los más se esmeran en disminuir sus rasgos soviéticos, de órgano de poder de las masas, y se afanan por asimilarla con las variantes del parlamento o del colaboracionismo con los gobiernos nacionalistas. También en este plano se codean la ultraizquierda y la izquierda nacional. El rasgo común de todas estas objeciones radica en el empeño de demostrar que la Asamblea tenía muy poco que ver con las masas y no era más que una forma de encubrir la propia soledad de sus propugnadores y su ruptura con la mayoría nacional.

Algunos no tienen el menor reparo en señalar que la Asamblea fue nada menos que una forma de frente popular, rótulo que tan generosamente colocan al FRA, lo que importa decir que su política fue reaccionaria porque colocó a las masas bajo la dirección de la burguesía. Para justificar su tesis llegan a la falsificación: sostienen que el MNR estuvo presente como fuerza decisiva, olvidando que fue expulsado en la época del Comando Político por contrariar públicamente sus principios; ya entonces el movimiento no tuvo una actividad relevante.

No se comprenderían los rasgos diferenciales de la Asamblea si no se tuviese en cuenta que tuvo como raíz y antecedente el Comando Político de la COB, un organismo que aglutinó a los partidos políticos que se encontraban luchando en las calles, sin mayor rigor selectivo porque la central sindical no pudo establecer con claridad y anteladamente los verdaderos objetivos de la entidad (recién comenzaba el vigoroso ascenso de las masas). Dos fueron las contribuciones del Comando: aceleró y en cierta medida canalizó la movilización de masas, libró las primeras batallas para efectivizar y acentuar la independencia de clase del proletariado. Es posible descubrir en esta organización ciertos gérmenes de poder obrero,

que por su debilidad no lograron sobreponerse nítidamente sobre las fuertes tendencias parlamentaristas que emergieron de su seno, no alcanzó a ser una verdadera dirección de las masas y éstas no tardaron en rebasarlo, como parte de su radicalización. Como quiera que no contaba con un claro programa revolucionario y en su seno las fracciones ultristas y nacionalistas todavía no fueron efectivamente aplastadas (en sentido político) por el partido del proletariado, los participantes disparaban por su lado, buscando de una manera general someter la explosividad de las masas a sus intereses y esquemas, en esta medida no fue una dirección efectivamente orientadora en una situación que se tornaba cada vez más en convulsiva.

Todo marco organizativo se torna conservador en la medida en que no se transforma con el mismo ritmo veloz con el que nuevas capas sociales ingresan a la lucha y por esto mismo no puede incorporarlas a su seno y si lo hace éstas concluyen por hacer estallar la vieja estructura. Algo semejante ocurrió con el Comando Político: fue sobrepasado organizativa y también políticamente por las masas en creciente ascenso, por el ingreso a la lucha de capas siempre más amplias de explotados; en cierto momento no pudo ya ni organizarlas ni dirigirlas. Cuando los explotados en las calles plantearon posiciones mucho más avanzadas que las del extremismo nacionalista es claro que el Comando Político, que correspondía a una etapa inicial del ascenso revolucionario, estaba agotado. Era el momento de superarlo política y organizativamente, de manera que pudiese impulsar a los explotados hacia adelante, lo que suponía desarrollar plenamente las tendencias izquierdistas que se agitaban en su seno, a fin de que pudiesen fortalecerse con las corrientes socialistas del proletariado y, en definitiva, lograr dirigirlas. Si esto no hubiera ocurrido, es indudable que un Comando timoneado por los grupos derechistas o ultristas, todos ellos interesados en cooperar con el gobierno nacionalista de Torres, se habría convertido en un freno puesto a las masas subvertidas, ya como una variante parlamentaria o como un organismo integrado en el gobierno nacionalista. El desarrollo

político del país, la evolución de las masas, convirtieron en una necesidad histórica la transformación del Comando Político en un organismo superior, capaz de colocarse a la altura política a la que habían llegado los explotados. No hay lugar para sostener que la transformación del Comando Político y el nacimiento de la Asamblea Popular hubiesen sido una imposición de algunos intelectuales; los dirigentes trotskystas sabían perfectamente que actuaban expresando las tendencias progresistas de la historia: su propia actividad diaria los colocó en este camino.

Una organización creada por las masas, que comprende a sus grandes sectores, es, ni duda cabe, algo más que un sindicato, no sólo porque no reproduce la limitación de las funciones de éste, su estrechez y pesadez organizativas, sino porque es el instrumento que utilizan los explotados en su marcha hacia el poder. Son la propia naturaleza de este tipo de organización, la forma y circunstancias de su nacimiento, las que determinan su carácter soviético. No se trata únicamente de que es más grande que el sindicato o de que aparece en el momento de acentuación de la independencia de clase del proletariado, de desplazamiento de las masas del polo de las otras clases sociales hacia el extremo encarnado por aquél, sino de que forma parte de la acción directa, de la decisión de los explotados en sentido de tomar en sus propias manos y resolver a su modo, al margen del ordenamiento jurídico-vigente y del gobierno central, los problemas que les interesan directamente y también los nacionales. Resolver un problema dando las espaldas a la autoridad legal, implica la decisión de imponer, por cuenta propia las decisiones adoptadas. Esto es un órgano de poder, la única autoridad para las masas, que se incorporan más nítidamente a medida que se profundiza el ascenso revolucionario, que sintetiza la capacidad deliberativa y ejecutiva de las masas.

La experiencia histórica demuestra que los sindicatos no se transforman automática y necesariamente en soviets en los momentos de agitación social. La COB formó parte de la Asamblea Popular, pero quedó minimizada en su seno. Algunas tendencias dijeron que se buscaba destruir a

la Central para reemplazarla por la nueva organización. Nada de esto, Asamblea y COB eran de diversa naturaleza y cumplían tareas también diferentes. Será muy difícil que la actual COB-sindicato pueda desempeñarse como lo hizo la Asamblea.

Los órganos de poder pueden nacer de la más diversa manera, espontáneamente, bajo el impulso de activistas, sin saber que son soviets o bien, como el caso de la Asamblea, proclamando la calidad de tales. Generalmente no saben inicialmente que lucharán por el poder en determinado momento. Lo importante es su enorme elasticidad organizativa y que se conviertan en la única autoridad para grandes sectores de la población. Las juntas vecinales, las amas de casa organizadas para distribuir alimentos, etc, pueden jugar el papel de órganos de poder.

El cerebro más lúcido no puede imponer a los explotados este tipo de organización, ni de ninguna otra clase, por otro lado. Lo más que pueden hacer el partido revolucionario y sus militantes es dar expresión política y acelerar el nacimiento y perfeccionamiento de los embriones de órganos de poder ya existentes en el seno de las masas. La proclamación de la Asamblea Popular es, indiscutiblemente, uno de los grandes aciertos políticos del POR, lo que no supone que éste la hubiese sacado de su cabeza, esto porque se limitó a revelarla como germen que se agitaba en medio de las masas; éstas para proseguir su marcha precisaban crear tal organización y el POR coadyuvó en el cumplimiento de esta tarea. Sería absurdo concluir que por tales razones el trabajo partidista en el seno de las masas y en los momentos en que se plantea la urgencia de sacar de sus entrañas un órgano de poder, es insignificante y que no cuenta frente a la espontaneidad de aquellas. Como en ninguna otra oportunidad, la actividad instintiva no aparece separada de la consciente por un insondable abismo, sobre todo temporalmente; de manera opuesta la acción política del Partido parte de las manifestaciones espontáneas de las masas, se apoya en ellas, las eleva y supera (si se quiere las transforma).

Lo que hemos planteado teóricamente no es más que un

esfuerzo por interpretar los hechos que se dieron en la realidad.

La derecha del Comando Político, las corrientes nacionalistas y las ultraizquierdistas llegaron igualmente a la conclusión de que este organismo debía ser sustituido por otro y creyeron llegada la ocasión para encaminarse hacia el gobierno nacionalista, a fin de poder integrarse en él o por lo menos servirle dentro del esquema del "apoyo crítico", postura que también había adoptado el stalinismo en los primeros momentos del régimen del general Torres. El propósito político de dichos sectores no era otro que el de llevar a los explotados hacia las posiciones del nacionalismo, es decir, de la burguesía, lo que habría importado sentar las bases del aplastamiento definitivo del proceso revolucionario y no únicamente su momentáneo retroceso.

El POR comprendió claramente que tal actitud constituía uno de los grandes peligros del momento y que, en alguna forma, troncaba en el fascismo gorila, que ya había levantado la cabeza. Más tarde diremos que el fascismo sólo podía ser derrotado de manera real a través de la revolución y dictadura proletarias. Además, el trotskismo era la corriente política que marchaba soldada con las tendencias masivas que se dirigían hacia la conquista del poder, como Partido no hacía más que expresarlas programáticamente.

Es por todo esto que para propios y extraños el POR aparece como el demiurgo creador de la Asamblea. En realidad, la acción coordinada y única de las masas y su dirección hizo posible su oportuna aparición. Comprendemos que se trata de algo que no ocurre todos los días, que tiene mucho de extraordinario, concepto que puede también aplicarse a la agudización extrema de la lucha de clases y a la marcha de los explotados, bajo la dirección proletaria hacia la conquista del poder.

El trotskismo no se equivocó, como casi inmediatamente probaron los acontecimientos, al emplearse a fondo en la estructuración de la Asamblea Popular y mucho menos en dar expresión políticamente a los rasgos sovie-

tistas que inevitablemente debía adquirir la novedosa institución, lo que no importa olvidar que entronca con la vieja experiencia de la COB de la primera época, que fue mucho más que una central sindical tradicional, que ya mostró gérmenes soviéticos y que planteó una incipiente dualidad de poder, resuelta un poco más tarde en favor de la burguesía representada por la tendencia centrista del MNR. El POR no se limitó a exteriorizar mecánicamente lo que hacían las masas, sino que, debido particularmente a su condición de elemento activísimo de dirección de aquellas, les coadyuvó a perfeccionar y potenciar su obra primeriza.

Los rasgos de órgano de poder y la dualidad de autoridad y decisión con referencia al poder central formaban parte de la naturaleza misma de la Asamblea, se manifestaban desde el primer momento y seguramente el grueso de los trabajadores hubiese tardado bastante tiempo en darse cabal cuenta de este hecho, a no mediar la actividad esclarecedora del trotskismo. El POR al dar expresión política a estas tendencias contribuyó de manera decisiva en el proceso de estructuración y superación de la Asamblea como órgano de poder. Ahora es posible comprender por qué el soviét altiplánico debuta autoproclamándose órgano de poder de las masas y ostentando un programa que pone de relieve tal rasgo y su destino de protagonizar la dualidad de poder con referencia al gobierno nacionalista; importa poco que tardíamente éste hubiese declarado su decisión de cumplir aplicadamente la voluntad de las masas, lo que era producto de su debilidad como gobierno y no de una supuesta identidad con los trabajadores. Esta comprensión política (consciente) de las tendencias elementales que empujaban a las masas hacia su radicalización es obra del POR, lo que le permite aparecer ante el país, no únicamente ante el proletariado, como la dirección política que señaló el camino del socialismo (la conquista del poder por la clase obrera apareció bajo este rótulo general sin las precisiones y hasta el preciosísimo que son tan gratos a los intelectuales), elemento que contribuye a que la Asamblea evolucione a saltos y se

encamine conscientemente a la conquista del poder (si se toma en cuenta a los sectores identificados con la real dirección política de las masas y del nuevo organismo y no a la masa en su conjunto). Esta identidad y unidad de las masas con su dirección ha permitido a los adversarios del trotskismo sostener que la Asamblea fue la criatura subjetiva de la mentalidad diabólica de algunos ideólogos y que sus pretendidos rasgos soviéticos no lograron salir del papel impreso de la propaganda porista. Si la realidad de la Asamblea se prueba por la impronta profunda que deja en la historia del país, porque nadie ha podido arrancarla hasta ahora de la subconciencia de las masas, está, al mismo tiempo, demostrada la efectividad de sus rasgos soviéticos, porque son parte inherente de la naturaleza de aquella (alta forma organizativa y política de las masas convulsionadas).

Un reparo puramente formal hecho a la Asamblea ha sido presentado como un argumento contra la efectividad de sus rasgos soviéticos. Este organismo, sobre todo como consecuencia del momento que se vivía, era muy activo y estaba sometido a una constante transformación: se afirmaba más y más como soviético y en esta medida aparecía como más evidente la dirección política del POR. Nuestros impugnadores gustan considerar a la Asamblea como algo definitivamente dado, estático, momificado, y entonces creen descubrir que los rasgos soviéticos y la dualidad de poder apenas si eran gérmenes; olvidan que la existencia de tales gérmenes define a un soviético y que el ascenso revolucionario de las masas y una correcta conducta del partido político, permiten esperar su posterior desarrollo.

El terco afán de nuestros adversarios por minimizar a la Asamblea Popular busca dos objetivos: disminuir la importancia del POR como dirección política de las masas y encubrir su desamparo, su inoperancia y su marginalidad de las masas para usar un término manoseado pero del gusto de los sociólogos de moda. Limitémonos a notar que la historia está hecha por las masas y no por los gritos destemplados de los solitarios.

Los detractores del troskismo han creído conveniente no detenerse a analizar el acuciante problema de la relación entre la Asamblea y el partido revolucionario y alguno de ellos sacó la irresponsable conclusión de que aquella importó nada menos que la disolución del POR.

En el plano teórico no puede negarse que la organización soviética boliviana podía haber aparecido sin la directa participación del POR, como una creación exclusiva de las masas moviéndose al margen de su partido (que en ese momento habría dejado de ser tal, ciertamente. En este caso la Asamblea habría tardado muchísimo en estructurarse como órgano de poder de las masas y no habría sido imposible que siguiese por algún tiempo caminos políticos extraviados o inclusive contrarios a los intereses de los explotados, como enseña la experiencia de los soviets rusos. Pero se puede dar por descontado que tarde o temprano el POR habría logrado penetrar a su seno y encontrar en él a las masas, esto porque dicho partido es parte inseparable de la tradición revolucionaria del país y porque ha logrado, como consecuencia de su larga e incansable lucha, nada menos que estructurar a la clase, inclusive en el aspecto sindical, alrededor de claras ideas políticas, que son sus propias ideas, aspectos fundamentales de su programa. Decimos esto porque el trotskismo en ningún momento dejó de actuar no sólo con referencia a las masas, sino en su misma entraña. Es otra cuestión el tiempo que habría sido necesario emplear para lograr dicho objetivo, las batallas que imprescindiblemente hubieran tenido que librarse, etc.

Con todo, los hechos se desarrollaron de otra manera. Las características de la Asamblea estuvieron determinadas en gran medida porque el POR pudo imprimirle su huella. Se estaba saliendo de la clandestinidad y el partido trotskista era minoritario, no había logrado todavía recomponer todos sus cuadros, curarse de las profundas heridas que le fueron inferidas por la bestial represión gorila e

imperialista, en alguna medida no atinaba a marchar correctamente en el aspecto organizativo (que es el aspecto conservador de la organización partidista), y, sin embargo, no tardó en convertirse en la pieza clave de todo el proceso político nacional y, esto es lo más importante, de la evolución de las masas. El POR contribuyó a acortar los plazos de la experiencia de los explotados y de la nueva organización, no en vano dicho Partido asimila críticamente todo lo que hacen las masas en escala nacional e internacional.

¿Cómo fue posible esto, que a algunos se les antoja un milagro y a nuestros enemigos nada menos que una imposición? Como consecuencia de la larga lucha del POR en el seno de las masas, de su marcha codo a codo junto a ellas a través de su accidentada historia, todo con ayuda del marxismo. Cuando las masas salen a las calles en búsqueda del camino que les lleve a su liberación, partiendo de toda su experiencia del pasado, encuentran a la mano a una dirección política que en innumerables combates, en los días de victoria y de derrota, demostró inquebrantable fidelidad a la línea revolucionaria (eje alrededor del cual oscilaron con frecuencia los sindicatos), a la causa de los trabajadores; es por esto que de manera natural el POR aflora como la dirección indiscutida de los sectores radicalizados de los explotados. La ligazón entre la dirección partidista, en ese momento crucial la expresión cabal del programa trotskista y de todo lo más puramente revolucionario del movimiento obrero y político de Bolivia, por un lado, y las masas radicalizadas por otro, se da a través de los militantes obreros, cuadros formados a lo largo de mucho tiempo, y también visibles dirigentes y caudillos sindicales. Estos cuadros obreros se indentifican totalmente con las masas radicalizadas no sólo por ser obreros sino fundamentalmente por encarnar un programa político que con nitidez expresa los intereses históricos de los explotados.

La lección definitiva que emerge de la experiencia boliviana y que queda confirmada con contornos trágicos por lo que está sucediendo en Portugal y España, por ejemplo, dice que la dirección polí-

tica (el partido revolucionario) no se improvisa y que sólo puede forjarse en el caldero de la lucha de clases, en las batallas cotidianas y más modestas que libran los explotados, La estructuración del partido revolucionario es inseparable de la tarea de elaboración y ajuste del programa, aquel concretiza las leyes de la revolución socialista mundial considerada como una unidad y las adquisiciones del movimiento obrero internacional, asimila críticamente y generaliza las luchas de la clase obrera nacional y la experiencia del partido lograda en su actuación en el seno de las masas.

Nadie pone en discusión la evidencia de que en la base de la actividad de los verdaderos comunistas se encuentran el *Manifiesto* de Marx y Engels y el *Programa de Transición* redactado por Trotsky, pero todavía falta concretizarlos, conocer la realidad que se pretende transformar con ayuda del método que se desprende de documentos tan fundamentales. Sólo un programa, que incorpora las particularidades nacionales en el enunciado de los objetivos estratégicos, puede permitir al Partido y a la militancia no perderse en el empirismo, en el activismo por el activismo, en la actuación sin principios; en otras palabras, sólo el programa puede permitirle convertirse en efectiva dirección revolucionaria.

Hay que volver a recalcar que no se trata únicamente de realizar una actividad propagandística dirigida a las masas, de no perderlas de vista en el mejor de los casos, sino de penetrar a su seno, de vivir su vida y de templarse como militancia y como programa en sus luchas, en sus derrotas y en sus victorias. Únicamente así el Partido puede concluir incorporándose como dirección de los explotados, elevándolos a la altura del programa revolucionario.

¿Qué era el POR con relación a la Asamblea Popular? Nadie hasta ahora ha sostenido que hubiese sido algo extraño o contrario a la Asamblea; su identificación es imponente y flagrante y es esto lo que tratan de interpretar y deformar los comentaristas y observadores del más diverso pelaje.

Los que dicen que el POR fue una víctima de la Asamblea no llegan al extremo de sostener que en el trotskismo

boliviano se repite el caso del brujo incapaz de dominar a las fuerzas elementales que su maleficio ayudó a desencadenar, esto porque parten de la premisa de que el soviét boliviano fue algo extraño al movimiento político, exterior al POR. Si la Asamblea fue una creación de las masas, hay que creer que entre éstas y el POR había muy poco en común, lo que ciertamente contraría los hechos. El POR aparece soldado con las capas más avanzadas de los mineros desde el III Congreso de la Federación de Mineros en marzo de 1946 (Catavi-Siglo XX), en el que se aprobó un anticipo de la Tesis de Pulacayo y desde entonces no dejó de trabajar apasionadamente en la organización y educación de la clase, incluyendo el aspecto sindical. La Asamblea Popular no fue otra cosa que la prolongación y culminación de este proceso y por esto no hay nada de extraño en que el POR aparezca dando su interpretación política; sólo descomunales acontecimientos imprevisibles podían haber evitado que las cosas sucediesen así.

El POR no es extraño ni exterior a la Asamblea Popular, a la criatura que fue suya en alguna manera; entre ambas organizaciones existe una total identidad. Algo más, es dentro de la Asamblea que el POR comienza a realizarse como dirección política de la nación oprimida, proceso que quedó truncado por el golpe contrarrevolucionario de los generales gorilas. No es que la Asamblea lo debilita organizativamente, por el contrario, le abre las posibilidades ciertas para que pudiese transformarse en organización de masas. A medida que el soviét marcaba con mayor nitidez su fisonomía revolucionaria se acrecentaba mayormente la influencia política del POR, punto de partida para su mayor penetración entre las masas. Por otro lado, la Asamblea se convirtió en el marco adecuado para la realización del partido trotskysta, de su programa y de su misma actividad militante; no sólo porque le permitió proyectarse como dirección revolucionaria de las mayorías, sino porque probó, en pugna con los adversarios, la validez de su política.

La ultraizquierda, incluidos los pablistas, culpan al POR de haber convertido a la Asamblea en el escenario de una

interminable disputa alrededor de discrepancias teóricas, que se les antoja intrascendentes. Es evidente que el POR discutió y discutió mucho, por considerar que la crítica a los otros componentes de la Asamblea era el recurso adecuado para orientar a la audiencia nacional acerca de la línea que proponía el Partido y para arrancar a las masas del control de las otras organizaciones extrañas al proletariado. El objetivo trotskysta era el de ganar para sus posiciones al grueso de los explotados y para esto estaba obligado a formular con precisión sus planteamiento, a delimitarse nítidamente con referencia a las otras tendencias. Todo esto supone la polémica, la lucha de las ideas políticas, la búsqueda de un camino.

La ultraizquierda en general siente un marcado desprecio por las ideas, por los enunciados programáticos y considera que éstos serán el resultado mecánico de la acción. Desde este punto de vista es explicable que se diga que la Asamblea perdió mucho tiempo en discutir problemas teóricos y políticos, porque habría sido más aconsejable y de mayor provecho que inmediatamente se lanzase a la acción (lo que indudablemente habría conducido a la acción y a la violencia no revolucionarias), que decretase la guerra prolongada, por ejemplo. El planteamiento del POR era diametralmente opuesto, consecuencia de su concepción diferente de la revolución: armar ideológica y políticamente a los explotados y a su vanguardia, elevarlos hasta la altura del programa revolucionario, ganar al grueso del campesinado para la Asamblea, fracturar a las Fuerzas Armadas, etc. Por otro lado, la dilucidación de todos los problemas, inclusive de los teóricos, permitía arrinconar a la ultraizquierda y a los nacionalistas, tarea muy importante porque el aventurerismo de la primera, para citar un caso, podía conducir a que aborte todo el proceso revolucionario. La discusión política y teórica era indispensable para la debida preparación de la acción que se proyectaba. La ultraizquierda y los nacionalistas formulan tales reparos porque saben perfectamente que por el camino de la crítica se les empujaba a su total pérdida.

El POR comprendía perfectamente que la Asamblea,

que de ninguna manera debe ser considerada una variante sindical o parlamentaria, tenía la misión de conducir a los explotados hacia la dictadura del proletariado, en este sentido podía subordinarse a la estrategia trotskysta y el Partido actuaba acertadamente cuando se proponía conquistar a las masas para sus ideas.

El POR era la dirección política de la Asamblea, que tanto vale decir de la nación oprimida. Esta característica se acentuaba a medida que la Asamblea definía sus rasgos soviéticos, a medida que se incorporaba como poder obrero, a medida que se perfilaba la dualidad de poder y los explotados se aproximaban a la dictadura del proletariado.

Las organizaciones de masas no son revolucionarias o reaccionarias por sí mismas, esa orientación les imprime su dirección. Esto ayuda a explicar la importancia que tuvo la presencia decisiva del POR en el seno de la Asamblea Popular.

### *LA ASAMBLEA, UNA FORMA DE FRENTE ANTI-IMPERIALISTA*

Los estatutos y otros documentos de la Asamblea la definen como un frente antiimperialista, formulación repudiada desde algunos sectores de la izquierda.

Unos, los que dicen estar más cerca del marxismo, sostienen que la Asamblea fue una forma elevada del frente único proletario, hecho del que no se habrían percatado la propia Asamblea y mucho menos los que fueron actores dentro de ella. Tal planteamiento está profundamente marcado de subjetivismo, desde el momento que se toma la libertad de ignorar la realidad: la Asamblea fue una elevada expresión de la nación oprimida por el imperialismo, es decir, correspondía al bloque de varias clases sociales, en cuyo seno el proletariado no pasaba de ser una pequeña minoría, por esto se hizo necesario darle trato privilegiado en el voto y poner cuidado en que la nueva organización proclamase que sus fundamentos programáticos eran los adoptados por la COB y por la Federación de Mineros,

a fin de garantizar su dirección política.

La tesis que identifica la Asamblea con el frente único proletario arranca de una falsa concepción de la revolución en los países atrasados. Hay que repetir que en estos últimos una revolución puramente proletaria sería una revolución contra la mayoría nacional, es decir, sería imposible; contrariamente, estará protagonizada por la nación oprimida por el imperialismo, vale decir, por varias clases. La mecánica asimilación del país atrasado, del país oprimido, a la metrópoli imperialista, opresora y saqueadora, impide la comprensión de los fenómenos y problemas que son la consecuencia del proceso revolucionario.

La opresión imperialista no nivela a las clases sociales de un país sometido a su opresión, les imprime características peculiares y permite una particular mecánica de clases; lo que hace, contrariamente, es exacerbarla y esto por la sencilla razón de que la efectivización de la liberación nacional (una consecuencia de la opresión imperialista) exige que la clase obrera se convierta en dirección política de las masas en general, lo que sólo puede lograrse a través de la lucha y derrota políticas de las direcciones de las otras clases sociales (la lucha política es la máxima expresión de la lucha de clases).

La revolución nacional (se emplea este término para subrayar que se trata de una revolución protagonizada por varias clases sociales y no únicamente por el proletariado) tiene como objetivos estratégicos fundamentales, a estar con el Programa de Transición, la liberación nacional y la solución del problema de la tierra; en otras palabras, será una revolución destinada a cumplir, como tareas fundamentales, las agrarias y las antiimperialistas. El cumplimiento y éxito de esta revolución exigen que el proletariado (convertido en clase gobernante y dictatorial en caso de victoria) actúe como dirección política. Cuando la clase obrera toma en sus manos el cumplimiento de las tareas democráticas no se trata simplemente de un rutinario traslado de dichas tareas desde una clase a otra, sino de que son ya transformadas en alguna medida al adquirir una proyección socialista (es esta proyección la que impo-

ne autoritariamente la clase obrera), al ser efectivizadas a través de métodos socialistas de gobierno.

Stalinistas, nacionalistas y ultrazquierditas, se esmeran en hablar y hacer propaganda alrededor de la "revolución antiimperialista" y de los gobiernos "democráticos" o "populares antiimperialistas". Con todo, entre las formulaciones de aquellos y las hechas por el trotskismo existe un total antagonismo: este último sostiene que la liberación nacional (para hablar sólo de una de las tareas democráticas más importantes) es únicamente una de las tareas de la revolución proletaria. Para los latinoamericanos y bolivianos la liberación nacional confluye en otra tarea democrática postergada y de mayor dimensión: la unidad continental que en nuestra época de desintegración del imperialismo únicamente puede darse bajo la forma de los Estados Unidos Socialistas de América Latina. Sería difícil encontrar un otro mejor ejemplo de la profunda transformación de una tarea democrática incumplida en manos del proletariado, lo que ciertamente no se repite en la misma dimensión en todas las demás. Desde la perspectiva de la clase obrera, no se trata de materializar las tareas democráticas para que éstas permanezcan indefinidamente como tales, lo que se traduciría en la estructuración de una próspera sociedad capitalista por todo un período histórico, sino de su transformación en socialistas. El clásico habló de la transformación de la revolución burguesa en socialista.

La Asamblea Popular fue un frente antiimperialista como instrumento de la nación oprimida que necesariamente se planteaba la liberación nacional y no únicamente la del proletariado, como frente único proletario se habría limitado a ser la expresión de la unidad sindical. En su seno estaban físicamente y como expresión política, la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía urbana y también los intereses de la burguesía nacional, representados en alguna forma por las tendencias nacionalistas pequeño-burguesas. Únicamente la arbitrariedad puede sostener que esto era el frente único del proletariado.

No todo frente de clases conduce a la revolución —y en un país atrasado también se trata de la revolución proletaria— y, con mucha frecuencia, puede concluir convirtiéndose en el camino que lleve a la derrota de las masas y a la instauración de regímenes burgueses totalmente entregados a la metrópoli imperialista. La clave para que se dé una de estas dos alternativas no se encuentra en el bloque de clases en sí, sino en qué clase social lo dirige políticamente. Los stalinistas, los nacionalistas y también la utraizquierda comienzan y concluyen su razonamiento en el frente de clases, pero para ellos, debido a la naturaleza de la revolución por etapas, debe estar dirigido por la burguesía nacional o por su sucedánea pequeño burguesa (civil o militar); en este caso el proletariado no tendría más destino que ocupar la izquierda del frente democrático. El destino de las masas del bloque de clases y de la revolución varían cuando es el proletariado el que toma en sus manos el timón de la dirección política de la nación oprimida: no sólo se proyectarán hacia la revolución y dictadura proletarias (que de ninguna manera pueden ser consideradas como sinónimo de la revolución puramente socialista); sino que en su marcha no podrán menos que romper los estrechos marcos del capitalismo, lo que supone el aplastamiento del nacionalismo burgués, tanto política como económicamente.

Los más de los críticos apuntan que tal bloque de clases no era más que una variante del frente popular preconizado por los stalinistas: sometimiento del proletariado a la burguesía. Si algo de esto hubiera sido verdad es claro que se hubiera tratado de una verdadera traición de los poristas al programa de la IV Internacional y a la revolución boliviana. Mas, es contra esto que se luchó energicamente y todos los días. No tiene ningún otro sentido la batalla librada por lograr la efectivización del liderazgo político de la clase obrera, por ganar a las masas controladas por los otros partidos para las posiciones sintetizadas en la Tesis de Pulacayo y de la COB, por un lado, y en los mismos enunciados programáticos de la propia Asamblea, por otro. La misma polémica teórica y políti-

ca que ocupó gran parte de su existencia y que tanto escandalizó a no pocos, buscaba este fin. La orientación política, aprobada por la Asamblea Popular importó el sometimiento de la nación oprimida, y, por tanto, de la pequeña burguesía nacionalista, a la dirección del proletariado. Es partiendo de esta evidencia que la Asamblea se orientaba hacia la dictadura de la clase obrera.

El análisis quedó enturbiado porque en el momento de nacimiento de la Asamblea el PCB aparece alineado junto al POR y al PRIN, una expresión vergonzante del nacionalismo. El stalinismo, contrariando su pasado inmediato de franco sostén a la burguesía (que se sintetiza en su sostenido empeño de apoyo al gobierno Torres), conoció una etapa de profunda oscilación izquierdizante como consecuencia de la presión que sobre su dirección ejercitaba la militancia obrera radicalizada y la que en todo momento sufría la poderosa influencia del POR. Lo que se pasa por alto es el hecho de que la Asamblea no nació como resultado de la capitulación de los trotskystas bolivianos frente a las posiciones de quienes propugnan la revolución por etapas, sino, precisamente, de la capitulación del stalinismo ante la política porista. Que esto fue evidente se prueba también por la constatación de que tal actitud del PCB no pasó de ser más que una fugaz postura y que bien pronto retomó su eje contrarrevolucionario, habiéndose así convertido en uno más de los detractores de la obra y propósitos de la Asamblea Popular, catalogados por él como posiciones ultraizquierdistas.

El PRIN como partido estuvo inicialmente al lado de los ultras, pero Lechín, en cierto momento cooperó a la puesta en pie de la Asamblea y adoptó posiciones radicales. Eso de que la Asamblea cooperó con Torres constituye un descubrimiento de los últimos tiempos. Es un poco difícil saber qué pensaba entonces Lechín acerca de la perspectiva de la toma del poder. Como es costumbre en él, entonces estaba repitiendo posiciones de otros.

En síntesis: la Asamblea Popular fue un frente antiimperialista dirigido por el proletariado, sometido a su estrategia. Es a esto que hemos llamado frente antiimperialis-

ta revolucionario, a fin de diferenciarlo nítidamente de la tristemente célebre experiencia de las ligas antiimperialistas dirigidas por el stalinismo, y que un poco más tarde aparece concretizado en el Frente Revolucionario Antiimperialista organizado en el exilio, en el que si bien en un primer momento se pudo evidenciar el relativo predominio de las tendencias proburguesas, se concluyó afirmando la dirección política del proletariado, lo que importó retomar la línea trazada por la Asamblea Popular.

Estructurar la Asamblea como un frente único proletario habría significado aislar a la clase obrera del resto de la nación oprimida, decretar la derrota de la revolución.

### *LA ASAMBLEA POPULAR, UN PROCESO INTERRUMPIDO*

La Asamblea, debido a su corta experiencia (deliberó una sola vez por algunos días y su vida en el plano publicitario no cubrió cuatro meses) comenzó planteando osadamente los problemas de la revolución, pero no tuvo tiempo de resolverlos a fondo, tampoco pudo materializar todas sus posibilidades. El proceso de afirmación de la Asamblea como órgano de poder, como el canal de movilización de los explotados hacia la dictadura del proletariado, fue bruscamente interrumpido por el golpe contrarrevolucionario de agosto de 1971.

El ascenso de masas en Bolivia no alcanzó a llegar a su punto culminante, de manera que plantease una situación insurreccional y las posibilidades de victoria de ésta. La Asamblea Popular, para ser debidamente comprendida, tiene que ser analizada dentro de este marco: faltaba todavía incorporar y arrastrar a la lucha a los sectores democráticamente mayoritarios y que soportan la mayor explotación, es decir, a la vasta masa campesina, sin contar a los sectores más atrasados de la pequeña burguesía citadina e inclusive de los trabajadores. Es esto lo que el POR se planteó desde el seno de la Asamblea, comprendía perfectamente que desencadenar el asalto al poder entre mayo y agosto habría significado precipitar un aborto.

Tomando en cuenta que las masas se ponen en marcha partiendo de sus propias necesidades cotidianas y teniendo presente problemas que los sienten y que pueden palparlos, se planteó imperfectamente la llamada participación obrera mayoritaria en Comibol (minería nacionalizada) y la creación de la universidad única políticamente dirigida por la clase obrera. La participación obrera (adquirió esta denominación por ser una respuesta formulada en el seno de la Federación de Mineros a una propuesta gubernamental de participación obrera) no fue tal en puridad de verdad, sintetizaba, más bien, toda la experiencia de la clase en el plano del control obrero colectivo. Se dijo desde la tribuna de la Asamblea que el gobierno y los generales del ejército en ningún momento consentirían, antes de ser violentamente expulsados del poder, en dejar las minas en manos de los trabajadores. No se trataba, pues, de las bases de un posible entendimiento o compromiso con el gobierno para efectivizar dicha participación, sino de colocar a todo el país ante la urgencia de tomar el poder.

Sería incorrecto confundir control obrero colectivo, una idea que arranca directamente de la Tesis de Pulacayo, con la cogestión FSTMB-UDP en Comibol, aunque digan lo contrario los burócratas. El control obrero proyecta la lucha de clases al plano empresarial y la cogestión no es más que una forma de colaboracionismo clasista.

Hubo un otro problema que la Asamblea no alcanzó a resolver y que apenas si planteó unos esbozos como respuesta a cuestión tan acuciante y que se convirtió rápidamente en punto de apoyo de las actitudes y prédica de la ultraizquierda. Nos referimos a la política militar y que sólo más tarde será minuciosamente analizada por el POR, lo que no supone que en la Asamblea Popular no hubiese tenido una posición correcta al respecto.

Bolivia y también la experiencia internacional enseñan que el ascenso de la clase revolucionaria concluye fracturando al ejército, la fuerza compulsiva más importante con la que cuenta la burguesía, obligando a su ancha base social a oscilar hacia las posiciones proletarias. La acción de las

masas en las calles se limita a dar el golpe final a este desmoronamiento y que se traduce en su pulverización. No se trata únicamente de anular la capacidad de fuego y la efectividad represiva del ejército, sino de abrir los cuarteles, tradicional arsenal de las masas insurrectas, para que los explotados puedan proveerse de armas.

En el momento en que el ascenso de las masas no llegó todavía al dintel de la insurrección y en el que su generalización no alcanzó a penetrar en todos los rincones del país, la Asamblea no atinó a encontrar las respuestas adecuadas que permitiesen eliminar del camino de la revolución a un ejército organizado, dirigido y avituallado por el imperialismo norteamericano. Muy tarde, después de las trágicas jornadas de agosto de 1971, la dirección del POR tomó conocimiento de que importantes sectores del ejército comenzaron a girar alrededor de la Asamblea, lo que viene a confirmar la justeza de la línea propuesta por el trotskismo.

Acontecimientos posteriores han demostrado que el ejército boliviano se distingue por carecer de una ideología propia que le permita convertirse realmente en uno de casta. Después de 1980 prácticamente se ha desmoronado y ha dado pruebas de que en su seno puede constituirse una tendencia revolucionaria que comprenda no sólo a soldados, sargentos y suboficiales, sino inclusive a los jóvenes oficiales. Este trabajo, que debe cumplir sobre todo el partido revolucionario, ayudará a solucionar no pocos agudos problemas de la lucha por el poder, del armamento y también de la construcción del futuro ejército de la dictadura del proletariado.

La ultraizquierda y también los pablistas, dieron su propia repuesta a estas cuestiones y que no hace más que traducir en el lenguaje de la provocación militarista (subordinación del programa político al fusil) en equivocada y antimarxista concepción del proceso revolucionario. Para ellos se trataba de decretar inmediatamente la guerra prolongada o sea legalizar las acciones de las minorías de activistas, como la mejor forma de superar todas las dificultades que se generaban en el propio desarrollo de la revolu-

ción; de sustituir el necesario armamento de las masas con el aprovisionamiento de material bélico a los grupúsculos con vocación de gloria y de inmortalidad. Es ésta también una manera de plantear la sustitución de las masas atrasadas e indolentes por las "Nuevas Vanguardias", de despertarlas y educarlas mediante acciones ejemplarizadoras, etc..

El debate, que ciertamente es trascendental, se detuvo a esta altura. Fue en el seno del FRA que quedó demostrado que la efectivización de la dirección política proletaria de las masas es inseparable de la imposición de la política militar de la clase obrera, expresada de manera consciente por el POR, a las tendencias ultraizquierdistas y pablistas.

Estas últimas tendencias perdieron su tiempo pretendiendo pontificar acerca del armamento del "pueblo". Desde 1946 los trotskystas señalamos que la estructuración de milicias armadas en el seno de las organizaciones sindicales constituía la respuesta adecuada a la ferocidad demostrada por la burguesía y el imperialismo en la lucha de clases, a la constitución y utilización de grupos parapoliciales terroristas dentro del plan de desmoralizar a la clase y descabezarla mediante el asesinato político. El POR una y otra vez organizó milicias y las armó debidamente; como quiera que éstas se emplearon a fondo en la lucha revolucionaria y cuando la clase fue temporalmente derrotada las armas fueron perdidas en el campo de batalla. Así quedó planteado realmente el problema del armamento para los bolivianos.

Según nuestros adversarios, el POR buscaba, aprovechando la tribuna de la Asamblea, concluir un acuerdo con el gobierno nacionalista, acuerdo que no habría podido menos que cerrar el camino del poder a la clase obrera. Esta sindicación no correspondió a la realidad, a la conclusión a la que debe llegar quien analice con alguna atención los hechos que se produjeron, los pronósticos políticos que fueron lanzados por la tendencia directora de la Asamblea; esta organización seguía su propio camino y no tenía nada en común con la orientación del gobierno nacionalista. No sólo que eran diferentes sino contrapuestos. Las masas se afirmaban más y más en su decisión de

imponer su propio gobierno, el POR se limitó a dar expresión política a esta tendencia, es por eso que se excluía la posibilidad de una alianza entre el gobierno de Torres y la Asamblea (más tarde dirá el stalinismo que el no haberla consumado constituyó un grueso error político), al menos nadie propuso tal salida en las deliberaciones de la Asamblea. Para los trotskystas no se trataba de transformar desde dentro el gobierno nacionalista en socialista, como propondrán a posteriori los teóricos del nacionalismo y también el PCB, sino de sustituirlo, por la vía insurreccional, con la dictadura del proletariado (gobierno obrero-campesino).

El crecimiento de la ola revolucionaria genera las tendencias contrarrevolucionarias, pues la clase dominante no abandona el poder sin antes emplearse a fondo en la lucha desesperada por conservarlo. A la insurrección que asomaba en el horizonte y cuya fecha de desencadenamiento era ya casi previsible, la reacción opuso la carta brava del fascismo gorila. El golpe preventivo de agosto estuvo dirigido básicamente contra la Asamblea, contra la amenaza de la instauración de la dictadura del proletariado, contra las medidas que debía tomar en el segundo período de sus deliberaciones y sólo formalmente contra el débil gobierno nacionalista de Torres.

Los que han analizado la Asamblea Popular no se refieren para nada a los materiales y agenda que estaban previstos para esa segunda reunión, lo que les ha impedido comprender las verdaderas perspectivas que abrió esta organización y cuya realización era una de las preocupaciones centrales del POR. *La Historia del POR*, es el único documento que incluye referencias al proyecto ya redactado para servir de base a la discusión que debía tener lugar en el mencionado segundo período de sesiones y que se refiere a la estatización de los medios de producción, particularmente de los detentados por el imperialismo y por la gran burguesía, como objetivo central de la lucha de la Asamblea. Este planteamiento era tanto como proclamar la necesidad de la inmediata instauración de la dictadura del proletariado. Por otra parte, en dicha reunión debía

decretarse la imposición de la participación mayoritaria de la clase obrera en Comibol y que estaba siendo decidida en los centros de trabajo. El que esta perspectiva pudiese concretarse dependía de la acentuación de la movilización de toda la nación oprimida hacia la conquista del poder. El POR había previsto que la segunda reunión de la Asamblea debía coincidir con todo el país colocado ante la necesidad de tomar el poder y con la presencia de una dirección revolucionaria profundamente entroncada en las masas. Seguramente entonces uno de los problemas fundamentales de discusión habría sido el que se refiere a la forma como fracturar a las fuerzas armadas. La historia no dio tiempo para el pleno desarrollo de toda esta perspectiva.

Una de las grandes debilidades de la Asamblea fue la permanencia al margen del grueso de la masa campesina, que ciertamente comenzó a girar alrededor de ella. Esto está demostrando que la movilización de masas debía ser profundizada aún mucho más. Fue correcta la decisión de convocar a un congreso de los hombres del agro para decidir allí su incorporación.

#### *UNIDAD POPULAR Y ASAMBLEA POPULAR*

Si descartamos a las vías propuestas por la ultraizquierda por estar al margen de la evolución política de las masas, en la perspectiva latinoamericana se plantean, una y otra vez, dos caminos: el de la Unidad Popular chilena y el de la Asamblea Popular boliviana.

La Unidad Popular no sólo debe ser tipificada como una forma de colaboración de clases, sino como una concretización del sometimiento del proletariado a la burguesía (a sus intereses), a fin de que pueda contenerse mejor la ola revolucionaria en su momento de mayor desarrollo. Es en este sentido que decimos que la Unidad Popular planteó el Frente Popular de los tiempos de Aguirre Cerda. En último término, la función de la Unidad Popular (que es común a toda forma de frente popular, por otra parte) no fue otra que la de cerrarle al proletariado chileno el

camino hacia el poder. Dicho de otra manera: el camino de la Unidad Popular conduce indefectiblemente a la derrota y en las condiciones chilenas allanó la ruta por la que pasó el fascismo encarnado en los generales del corte de Pinochet.

Las masas al radicalizarse, al comenzar a diferenciarse políticamente de sus viejas direcciones abrieron otra perspectiva: superar a la Unidad Popular a través de la dictadura del proletariado. Al Estado burgués (la Unidad Popular estuvo en el gobierno, pero pereció estrangulada por el Estado burgués, que como nunca apareció encarnando los intereses generales de la burguesía y del imperialismo, es decir, la propiedad privada de los medios de producción) se opuso, en forma de tímido anuncio el Estado proletario. Este diseño de perspectiva estuvo concretizado en los cordones industriales, gérmenes apenas latentes de órganos de poder de las masas.

Ya hemos dicho que la Asamblea Popular fue, a diferencia de la Unidad Popular, un bloque de clases sometido políticamente a un proletariado que cuenta con un partido probado en la acción y en el campo de la teoría. Desde el primer momento superó todas las posiciones nacionalistas y osadamente planteó la marcha hacia la dictadura del proletariado y hacia la construcción del socialismo.

En el futuro, toda Latinoamérica se encontrará frente al dilema planteado más arriba. Los trotskystas tenemos el deber de aplicar a la realidad de nuestros países las lecciones dejadas por la Asamblea Popular, esto si queremos construir fuertes partidos revolucionarios, reconstruir la IV Internacional. La revolución además de estar protagonizada por la nación oprimida (eso queremos significar cuando decimos que será hecha por las masas) será un fenómeno marcadamente nacional que llevará en sus entrañas la posibilidad y la necesidad de convertirse en internacional. Así se concretiza en los países atrasados la revolución socialista mundial, que nosotros —repetimos— la consideramos como una unidad; de la misma manera que las particularidades nacionales no son más que el reflejo en una determinada estructura económico-social de las leyes

generales del capitalismo, que también es una unidad que se levanta por encima de las economías nacionales.

Esta tarea revolucionaria es inseparable de la urgencia de poner en claro ante los explotados el carácter contrarrevolucionario de las fórmulas que pretenden recalentar el plato de la Unidad Popular. El "compromiso histórico" en Chile (la alianza de la Unidad Popular con la democracia cristiana), que no se efectivizará no por la falta de deseos en ese sentido de las direcciones del PC y del PS, sino porque la democracia cristiana confía con sumarse a un gobierno amparado por el ejército y al margen de Pinochet, constituye el camino de la derrota segura del proletariado y del pueblo.

Es cierto que en Bolivia el stalinismo y también la ultraizquierda se agotan en múltiples maniobras que conducen al frente popular. No es equivocada la opinión de los portavoces más esclarecidos de la burguesía en sentido de que el PCB constituye una garantía de seguridad para la propiedad privada frente al empuje de los explotados. Pero, esa salida sólo puede perpetuarse después de que se derrote al proletariado en la persona del POP, su auténtica vanguardia. Las masas radicalizadas vuelven a plantear, retomando la experiencia de 1971, el camino de la Asamblea Popular y de la dictadura del proletariado. Es partiendo de esta evidencia que decimos que el trotskismo será, casi de una manera natural, la dirección de las masas en sus próximas luchas.

Las perspectivas de la Unidad Popular y de la Asamblea son dos perspectivas opuestas: son las perspectivas de la contrarrevolución y de la revolución. Colocados ante la alternativa por la historia ya hemos elegido, como corresponde a los herederos de Lenin y Trotsky, nuestro camino sin la menor dubitación, y ese camino es el de la Asamblea Popular.

Algunos de los críticos de la Asamblea vienen sosteniendo ahora que el camino de la revolución es el de las guerrillas centroamericanas. En su oportunidad dijo el POR que las guerrillas, como expresión de la lucha armada de las masas, conservan toda su validez y que no puede descartar-

se su uso en Bolivia, antes o después de la victoria revolucionaria.

En Bolivia se trata de un movimiento de masas políticamente dirigido por el proletariado y la lucha armada tiene que subordinarse a esa realidad. El camino de la Asamblea no tiene nada que ver con los movimientos democrático-burgueses amplios, en cuyo seno es perceptible la presencia decisiva de la burguesía y que da lugar a la disolución del proletariado como clase en dicho frente. Con todo, esos movimientos de masas también generan órganos de poder que les permite resolver los problemas emergentes de la propia lucha.

#### *LA DERROTA DE LA ULTRAIZQUIERDA Y DEL PABLISMO*

Las manifestaciones ultraizquierdistas que alcanzaron a incorporarse a la Asamblea (el ELN estuvo ausente oficialmente aunque algunos de sus elementos lograron ingresar bajo el tegumento de lo que más tarde será el MIR) fueron sencillamente doblegadas y aplastadas, lo que no debe interpretarse como si ellas se hubiesen asimilado al programa revolucionario. Permanecieron en su seno, pese a todas las derrotas y ultrajes que tuvieron que soportar porque comprendían que no les quedaba otro camino si no querían quedar totalmente aisladas de la mayoría nacional y al margen del proceso revolucionario.

Lo que le sucedió a la ultraizquierda es por demás aleccionador: demostró su inviabilidad para convertirse en la dirección política de las masas (no se trata de la simpleza de que pudiese o no en determinadas circunstancias, lograr la captura de mayor o menor número de adherentes), esto por sus ideas políticas contrarias a la estrategia del proletariado, porque sigue siendo un movimiento extraño tanto a la experiencia de las masas como a su vida cotidiana y porque busca llevar de fuera a dentro al partido del "pueblo", como repiten con frecuencia para encubrir tras ese rótulo su identificación definitiva con la burguesía.

El rigor de verdad, la vigencia y la trascendencia de la Asamblea Popular, constituyeron, al mismo tiempo, la derrota definitiva del pablismo en el proceso político. Si la experiencia de esta institución adquiere dimensión internacional y se ha contribuido en gran medida al fortalecimiento del movimiento revolucionario mundial, la derrota de los pablistas altioplánicos es nada menos que una derrota del mal llamado *Secretariado Unificado* de los renegados del trotskismo.

Nos parece que este hecho de tanta importancia en el trabajo de reconstrucción de la IV Internacional no ha sido hasta ahora debidamente valorado. No es normal que el pablismo hubiese podido sobrevivir todavía por algún tiempo más después de su colosal choque con la realidad: los acontecimientos han probado que nada tiene que ver con la clase obrera y con la revolución. La propia crisis y desintegración que actualmente vive el SU son reflejos muy atenuados de tan descomunal bancarrota. El SU al adherirse al foquismo dejó de ser marxista.

El pablismo sencillamente no estuvo presente en el Comando Político de la COB y en la Asamblea Popular, lo que quiere decir que estuvo ausente de la lucha de clases y de las batallas de la clase obrera, esto en un período de excepcional importancia en la historia boliviana, cuando la situación política estaba pasando por una profunda transformación. No es que perdieron el tren de la historia por un error táctico o que abandonaron el campo de batalla sin librar combate, equívocos que cualquier partido está condenado a pagar muy caro, sino que simplemente no se percataron que en el país se iniciaba un nuevo y vigoroso ascenso de las masas, que los explotados, ignorando lo que hacían los foquistas clásicos en Teoponte, apuntaban hacia la conquista del poder. La ultrazquierda en general rápidamente se dio cuenta que en el seno de la Asamblea se jugaría también su porvenir, en este aspecto demostraron tener mayor perspicacia que los pablistas, que demasiado tarde, cuando habían perdido toda capacidad de maniobra y el terreno necesario para su proyectado retorno a la actuación entre las masas, pre-

tendieron reorientar sus pasos, penetrar en la Asamblea para seguir defendiendo sus posiciones aventureras y foquistas, operación que concluyó en un total fracaso.

Después se supo que los pablistas voluntariamente dieron las espaldas a las masas a fin de poder dedicarse más aplicadamente a la preparación de un foco armado, cuyo estallido, según la mayoría del SU, debía transformar a los revisionistas en una poderosa Internacional de masas. La concepción y los métodos foquistas del pablismo han sido empleados a fondo en Bolivia y en América Latina y han concluido en un incomparable descalabro. Está plenamente demostrado que tales concepciones y métodos de lucha son extraños a la revolución y al proletariado, no en vano sus sustentadores fueron arrojados fuera del proceso revolucionario. El pablismo no tuvo oportunidad de llevar a la práctica sus deseos demasiado tardíos de jugar algún rol como dirección de las masas radicalizadas, por lo menos con fines propagandísticos. Una organización que se reclama del trotskismo y que no es capaz de percibir que en sus narices tiene lugar una descomunal convulsión social, que deliberada y voluntariamente da las espaldas a los explotados para dedicarse a aplicar la política elaborada por las tendencias ultristas pequeño-burguesas, no tiene derecho a la existencia.

La mayoría del SU ha pretendido salir de su incómoda situación con la ayuda de una auto crítica puramente formal de lo que considera los errores cometidos en América Latina en la aplicación de una línea justa, es decir, del castroismo y del foquismo ultraizquierdista. La maniobra llega a su extremo cuando se pretende descargar todo el peso de esos errores sobre algunos de los seguidores criollos del pablismo internacional. No nos encontramos frente a pequeños errores tácticos o a la negligencia de los activistas, sino a la quiebra de toda una línea política, de la concepción misma que tiene el pablismo de la revolución en nuestra época. Si los trotskistas ponemos la debida atención en la asimilación y divulgación de las enseñanzas que emergen de la experiencia de la Asamblea Popular y de la revolución boliviana, si combatimos los dislates y manio-

bras de su revisionismo antitrotskyista, tendremos abierto el camino para aplastar definitivamente al pablismo internacional.

Puede ser que los bolivianos tengamos mucha culpa en no haber contrastado la claudicante y aventurera política pablista con el poderoso movimiento de masas que da lugar al nacimiento de la Asamblea Popular y que se integra en ella, que constituye, al mismo tiempo, la ratificación de la justeza de la política trotskyista; en no haber entregado al movimiento revolucionario internacional esta soberbia lección. La indudable negligencia tiene su explicación. En Bolivia prácticamente ha desaparecido el pablismo, después de haber despilfarrado criminalmente todo el capital humano que pudo arrastrar con ocasión de la escisión del POR de 1954-55, lo que determina que nuestras publicaciones casi nunca se refieran a esta corriente revisionista. Con todo, el error cometido está a la vista y refluye contra el POR, en la medida en que nos es perjudicial el retardo que se observa en el aplastamiento político del pablismo, la lentitud innegable de los trabajos encaminados a la reconstrucción de la IV Internacional.

Los pablistas altioplánicos y también los portavoces del SU han utilizado un argumento ridículo para justificar su ausencia física, no solamente política, de los acontecimientos bolivianos: han dicho que no se les dejó ingresar a la Asamblea Popular, que algún cancerbero que les quería mal hacía guardia en la puerta. A una organización de masas, a una organización revolucionaria no se ingresa con pase de favor, sino gracias a un derecho legítimamente ganado en los combates en el seno de las masas y el pablismo aventurero y foquista hace tiempo que ha perdido este privilegio.

Los pablistas deambulan por caminos extraviados en su búsqueda de sustitutos de la clase obrera, de recetas capaces de transformar de la noche a la mañana a las "nuevas vanguardias" en organizaciones de masas, etc., y su destino es el de toda la ultrazquierda: no podrán transformarse en la dirección política de los explotados y el proceso revolucionario concluirá por expulsarlos de su seno,

como ya ha sucedido en Bolivia y está a punto de convertirse en realidad en el resto del continente.

Los pablistas resultaron colocados de espaldas a los trabajadores y explotados en general y el foco armado altiplánico no logró ingresar al escenario. El foquismo pablista se diluyó en Bolivia, en el terrorismo verbal, lo que no ha sido impedimento para que concluyese como un fiasco político. La bancarrota política del SU fue ratificada ruidosamente en la Argentina, donde la sección oficial creyó oportuno, para ratificar mejor su total identificación con el castrismo y otras manifestaciones de la desesperación pequeñoburguesa, pasarse con armas y bagajes al ultrismo intransigente.

Si la autocrítica de la mayoría del SU es apenas formal, las discrepancias de la fracción timoneada por el SWP y del morenismo no lograron llegar hasta la raíz del revisionismo pablista, que no es otra que la reconstitución administrativa, no principista, del SU (punto de arranque de la capitulación ante las posiciones revisionistas de los que en los años cincuentas precipitaron la crisis de la IV Internacional, ante la pequeña burguesía radicalizada, etc). Todo lo hecho y dicho hasta ahora permite afirmar que dentro del marco del pablismo, que el SWP y el morenismo lo defendieron en definitiva de la crítica venida desde las filas del trotskismo, ninguna de sus fracciones (todas ellas subordinan los principios políticos a la perspectiva empirista de poder reunir mayoría de votos en el próximo congreso mundial) puede realizar una crítica a fondo del foquismo y, tanto, superarlo. Esta tarea está reservada al trotskismo y el POR ha hecho ya su contribución al realizar el balance general de la experiencia de la lucha de clases en Bolivia y que culmina en la estructuración de la Asamblea Popular.

Con todo, la quiebra política del pablismo en América Latina, su total frustración en los países considerados claves por el SU para su futuro desarrollo, han abierto el camino para la estructuración del movimiento trotskista en escala continental. La historia ha derrotado al pablismo en América Latina y si bien nos corresponde aplastarlo

políticamente, tendremos todavía que librar una dura batalla contra el ultraizquierdismo que ahora, en respuesta a su crisis ideológica, aparece disfrazado de partido de masas. También en esta labor adquiere singular significación el análisis y divulgación de la experiencia de la Asamblea Popular. Ciertamente que podemos desenmascarar al ultrismo en el campo teórico; pero la argumentación se torna irrefutable cuando va acompañada con el aval de la experiencia vivida por las masas.

Los trotskistas europeos y también los latinoamericanos (los morenistas por ejemplo) siguen no comprendiendo que la revolución en los países atrasados muestra notables particularidades, de una u otra manera la asimilan con las revoluciones metropolitanas. Eso sucede, para citar un caso, con los lambertistas. Después de una larga polémica con el POR parecieron haber adoptado la táctica del frente antilimperialista, pero luego demostraron que para ellos esa táctica tenía la misma significación que para el stalinismo (caso Perú).

Los lambertistas tampoco lograron sacar las necesarias lecciones de la Asamblea Popular, pese a los numerosos mitines que propiciaron en su apoyo. El momento menos pensado se lanzaron a constituir una organización de este tipo por decreto y desde arriba, todo al margen de las masas y es claro que se rompieron las narices. Estos trotskistas están perdidos en los vericuetos del democratismo burgués y han echado por la borda la estrategia de la revolución y dictadura proletarias.

El combate por la reconstrucción de los partidos trotskistas, particularmente en América Latina, no puede realizarse al margen de la asimilación de las enseñanzas de la Asamblea Popular, porque confirman particularmente la justeza y validez de la política trotskista.

La esencia de la discusión entre el trotskismo, el POR, y las tendencias ultraizquierdistas, incluidos los pablistas, puede resumirse de la siguiente manera:

Han sido planteados dos caminos por los que debe recorrer el proceso revolucionario. El POR apoyándose en la experiencia de la Asamblea Popular y la internacional, sostiene que los explotados en

su marcha hacia el poder se ven obligados a estructurar, como parte de su lucha contra la clase dominante, sus propios órganos de poder; en este sentido se puede decir que el nuevo ascenso de masas retomará el camino de la Asamblea, partiendo del nivel político alcanzado por ésta.

Para la ultrazquierda no cuenta esta experiencia, porque sostiene, en definitiva, que la revolución no la harán las masas (por tanto un órgano de poder de éstas bien puede ser catalogado como una superficialidad), sino los grupos de activistas a nombre de éstas.

Si para el trotskismo la revolución será hecha por las masas, dependiendo su efectivización de la evolución política de ellas; para la ultrazquierda y el pablismo pasa por la debida y cuidadosa preparación de los focos armados, por el entrenamiento y capacidad gimnástica de los activistas. Estas posiciones son antagónicas e irreconciliables.

Sólo hemos indicado la perspectiva que se abre para el futuro, pero, en las tremendas condiciones políticas imperantes, el trabajo cotidiano consume gran parte de las energías partidistas y los militantes se templan enfrentándose a esa realidad. Las organizaciones políticas que no son capaces de acomodarse a la clandestinidad y que capitulan ante la burguesía, que no pueden sortear las descomunales dificultades que aparecen a diario, no pueden decir que tienen asegurado su futuro, a lo mejor mañana las masas radicalizadas se limiten a pasar de largo, sin detenerse a observarlas.

La clase obrera boliviana vuelve a incorporarse, de la resistencia pasiva nuevamente ha pasado a la ofensiva activa. No es casual que los trotskistas aparezcan ya como los líderes indiscutidos de los trabajadores.

### *AHI ESTAN LAS ORGANIZACIONES SOVIETISTAS*

Nuestros críticos consideran que eso de hablar de soviets en Bolivia india es un mero apego al exotismo o una desviación hacia el doctrinarismo. Se explica esta actitud, pues ellos no consideran posible la revolución proletaria protagonizada por toda la nación oprimida bajo la dirección de la clase obrera y están seguros que la vía insurreccional es una antigualla en esta época de grandes y sorprendentes progresos de las formas democráticas de gobierno, como pontifican los eurocomunistas. Desde este punto de vista, la aparición y desarrollo

de órganos de poder no tiene explicación posible, pues están seguros que todos los problemas pueden solucionarse con ayuda de los métodos parlamentarios.

Simétricamente colocada en el otro extremo, como su complemento natural, se encuentra la otra desviación de izquierda, la voluntarista, que considera que puede con su sola decisión hacer brotar los órganos de poder como hongos después de la lluvia.

Las cosas suceden de manera diferente. Las masas, inclusive las más atrasadas e iletradas van creando por necesidad —y solamente lo hacen en este caso— organizaciones de rasgos soviéticos, casi siempre sin darse cuenta de la trascendencia de sus actos. Si se afirman y desarrollan, serán sus frutos los que hablen por ella, mientras tanto permanecen en el anonimato. Es claro que tienen que darse la movilización y radicalización de las masas para hacer posible la aparición de los soviets.

Si se observa con atención lo que está sucediendo ahora se comprenderá que con mucha frecuencia —frecuencia muy peligrosa— los militantes revolucionarios enfrascados en las discusiones teóricas alrededor de la experiencia de la Asamblea Popular, no se dan cuenta que frente a sus narices los explotados están poniendo en pie, una y otra vez, órganos de poder con suerte dispar. Estas creaciones populares modestísimas son las que cuentan en definitiva, desde el momento que tienen la posibilidad de modificar el curso de la historia y no las declamaciones altisonantes de los que presumen de teóricos o de dueños de los caminos de la historia.

Quienes no logran percatarse de la aparición de las organizaciones soviéticas quiere decir que vuelan a mucha distancia de la impresionante realidad boliviana y corren el riesgo de no darse cuenta del advenimiento de la revolución. Los enfermos de intelectualismo reducen a esquemas metafísicos la cambiante realidad y concluyen por ignorarla. Cuando pretenden embridar a los hechos en sus diagramas, aquellos ya han pasado de largo transformando la sociedad. Los esquemas enneguecen a los que sueñan con ser los amos todopoderosos de la política.

Uno de esos esquemas entre nosotros dice que únicamente la COB puede tomar el poder, por ser ya órgano de poder, por haber sustituido a los partidos políticos y, sobre todo por haber tenido la desgracia de que su cúpula hubiese concluido convertida en cueva de burocratas y traficantes. El pasado pesa sobre el presente y a veces de

manera decisiva. Los intelectuales quedaron explicablemente impresionados por la COB de la primera época, cuando era un descomunal soviét y protagonizaba una inocultable dualidad de poderes. Esa COB-soviét fue reducida a un esquema y con su ayuda predicán que en 1952 debía haberse tomado el poder indefectiblemente, el que no se lo hubiese hecho se reduce para ellos al poco tino que tuvieron los revolucionarios de no lanzar tal o cual consigna. Es muy fácil y cómodo buscar a posteriori la consigna que mejor se acomode no importa a qué situación política. Falta un pequeño detalle: las masas explotadas tienen que madurar para poder convertir en realidades palpables las figuras chinescas de los slogans.

El esquema COB-soviét no ha permitido comprender y analizar la evolución sufrida por la más imponente organización de masas del país. Ha ido perdiendo paulatinamente sus rasgos soviéticos en provecho de los sindicales; ha ido identificándose más y más con el nacionalismo burgués, en desmedro de la línea revolucionaria; ha concluido burocratizada. Ahora es una COB-sindicato, tremendamente conservadora y estratificada. Simplemente no puede tomar el poder y menos jugar el papel de partido político. Lo que sucede es que sus ocasionales direcciones sirven a determinada línea política y en esta medida la organización toda aparece identificada con ella.

Los intelectuales dirán que entonces no hay órganos de poder y que es preciso crearlos mediante órdenes venidas desde arriba. Nada de eso, hay que abrir los ojos y descubrir lo que están haciendo las masas, teniendo el buen tino de aprender las lecciones que dejan.

Las organizaciones de las amas de casa para controlar el reparto de gas, de kerosene, las organizaciones barriales, las juntas de vecinos, los comités cívicos, que buscan englobar a gran parte de la población —y lo logran—, se incorporan como autoridades únicas en su radio de actividad y usan la acción directa contra las autoridades y el ordenamiento jurídico, funcionan como órganos de poder.

Los cabildos abiertos, que deciden acerca de la suerte de toda una población, derriban y designan autoridades, etc, cumplen funciones de gobierno local. En momentos de extrema agitación pueden sus reuniones todopoderosas convertirse en norma. Este es un inconfundible órgano de poder. Una atinada dirección revolucionaria puede darles estabilidad y puede potenciar sus insospechadas posibilidades. Los cabildos constituyen una vieja tradición popular, de la misma manera que las reuniones indígenas que le son similares. Los cabil-

dos llegaron de España y se han acimatado perfectamente entre nosotros.

Ahí están los órganos de poder, abundantes por su número y poderosos por sus atribuciones. Lo que hace falta es que los revolucionarios penetren en su seno y asuman una política que corresponda a la estrategia del proletariado y, en determinado momento, les orienten hacia la conquista del poder. En este caso hay que observar la ya clásica táctica frente a las organizaciones de masas: trabajar en su seno para ganarlas para la política revolucionaria. Tratándose de las juntas vecinales y de los comités cívicos, debe ser preocupación central el derrotar y expulsar a los elementos contrarrevolucionarios, que a veces desvirtúan los propósitos populares o los negocian. Todo sectarismo en este plano puede ser tremendamente perjudicial.

Los partidos con mucha militancia estudiantil e inclusive obrera, tienen que aprender a penetrar en las organizaciones populares barriales, etc. Se tiene que partir de la evidencia de que su orientación revolucionaria depende del trabajo de los revolucionarios en su seno, si están ausentes será muy difícil que se orienten hacia la conquista del poder político.

Lo anterior importa que el Partido rectifique su trabajo e inclusive su orientación: debe aprender a distinguir donde aparecen órganos de poder y no inventarlos. No bien han sido descubiertos se tiene que estudiar con atención la forma de trabajo que es preciso realizar en su seno.

Junio de 19